

Los MacKade I

NORA ROBERTS

Recordando el ayer



Algunos dijeron que habría problemas. Tenían que surgir. Los problemas siempre habían rodeado a Rafe MacKade, como si formaran parte de él. Seguía siendo tan atractivo como siempre, con el don, o el castigo, del aspecto duro y rebelde que compartían los MacKade. Cualquiera mujer que tuviera sangre en las venas se fijaría en aquel hombre de paso largo, que parecía retar a cualquiera que se cruzara en su camino.

En cuanto a la recién llegada, Regan Bishop, era preciosa, aunque algo estirada. Sólo faltaba por saber si sería inmune al legendario encanto de los MacKade.

Al parecer, no iba a ser así.

PRÓLOGO

Los hermanos MacKade andaban buscando líos, como de costumbre, algo que no resultaba tan fácil en la pequeña localidad de Antietam, en Maryland; pero lo más divertido era buscarlos.

Cuando se subieron al Chevrolet de segunda mano, empezaron a discutir sobre quién conduciría. El coche era de Jared, el mayor, pero a sus tres hermanos no les importaba demasiado.

Rafe quería conducir. Necesitaba un poco de velocidad, recorrer las carreteras zigzagueantes pisando a fondo el acelerador. Pensaba que tal vez así podría huir de su humor sombrío, o, quizás, encontrárselo frente a frente. Si lo vencía, sabía que seguiría conduciendo hasta estar en otro lugar.

En cualquier otro lugar.

Habían enterrado a su madre dos semanas atrás.

Tal vez, porque su peligroso estado anímico se apreciaba claramente en los ojos verdes de Rafe y en la forma en que apretaba los labios, decidieron que no condujera él. Al final, Devin se sentó al volante, y Jared ocupó el asiento del copiloto. Rafe se acomodó en el asiento trasero junto a Shane, el menor de los cuatro hermanos.

Los MacKade eran un grupo duro y peligroso. Todos ellos eran altos y fuertes como caballos salvajes, con los puños dispuestos y, en ocasiones, demasiado predispuestos a descargarse contra algo. Sus ojos, típicos ojos de MacKade, en distintos tonos de verde, podían congelar con la mirada. Cuando se encontraban de mal humor, la gente que

sabía lo que le convenía se apartaba de ellos con más razón.

Fueron a jugar al billar y a tomar unas cervezas, aunque Shane se quejó, ya que aún no tenía veintiún años, la mayoría de edad en Estados Unidos, y por tanto, no le servirían alcohol.

De todas formas, la taberna Duff, poco iluminada y cargada de humo, les pareció el lugar adecuado. Los golpes de las bolas de billar les proporcionaban la violencia necesaria, y la mirada de Duff Dempsey era suficientemente intranquilizadora. La aprensión de los ojos de los demás clientes, que cotilleaban por encima de las cervezas, era suficientemente halagadora.

Nadie dudaba que los MacKade estuvieran buscando líos. Al final, siempre encontraban lo que buscaban.

Con un cigarrillo en la boca, Rafe apuntó con el taco. No se había tomado la molestia de afeitarse en un par de días, y la sombra de su rostro hacía más fiero su aspecto. Con un golpe certero, hizo rebotar en la banda la bola blanca, que empujó una de las lisas y la hizo caer en el hueco.

—Menos mal que tienes suerte en algo —comentó una voz a sus espaldas.

Joe Dolin estaba sentado en la barra, apurando su cerveza. Como solía ocurrir después de la puesta de sol, estaba borracho, y el alcohol lo hacía cruel. En el pasado, había sido la estrella del equipo de fútbol americano de su universidad, y competía con los MacKade por ganarse los favores de las jovencitas. Ahora, apenas pasaba de los veinte años, pero su rostro estaba siempre enrojecido y había engordado de forma considerable.

El ojo morado que había dejado a su joven esposa antes de salir de casa no había acabado de satisfacerlo.

Rafe puso tiza en su taco y apenas dedicó a Joe una mirada.

—Ahora que se ha muerto tu mamá, necesitarás algo más que un golpe de suerte con el billar para sacar adelante esa granja —insistió Joe, sonriendo—. Tengo entendido que vais a empezar a vender para pagar los impuestos.

—Pues te han informado mal —respondió Rafe con frialdad, rodeando la mesa para calcular su siguiente tirada.

—Mi información es buena. Los MacKade siempre habéis sido unos idiotas y unos mentirosos.

Antes de que Shane pudiera echarse hacia delante, Rafe lo interceptó con el taco.

—Está hablando conmigo —dijo en tono tranquilo.

Mantuvo la mirada de su hermano durante un momento antes de volverse.

—¿No es así, Joe? —preguntó al borracho—. Estabas hablando conmigo, ¿no?

—Estoy hablando con todos vosotros —dijo, mirándolos uno a uno.

Shane, a sus veinte años, estaba curtido por el trabajo en la granja, pero seguía siendo un muchacho. Después miró a Devin, cuya mirada pensativa y fría revelaba poco. Jared estaba apoyado contra la máquina de música, esperando el siguiente movimiento.

Por último, miró a Rafe. Parecía furioso, listo para saltar.

—Pero tú me sirves —concluyó Joe—. Siempre pensé que eres el mayor perdedor de la carnada.

Los clientes empezaron a acomodarse para presenciar la confrontación.

—¿De verdad? —Rafe apagó el cigarrillo y bebió un trago de cerveza, como si se tratara de un ritual previo a la pelea—. ¿Qué tal te van las cosas en la fábrica, Joe?

—Por lo menos tengo una nómina. Trabajo a cambio de dinero, no como otros. Y nadie me va a quitar mi casa.

—No mientras tu mujer siga trabajando doce horas al día para pagar el alquiler.

—Mi mujer no es asunto tuyo. Yo soy el que lleva los pantalones. No necesito que me mantenga una mujer, co-

mo hacía vuestra mamá con vuestro padre. Se bebió toda su herencia y luego se le murió.

—Sí, se murió —dijo Rafe, cada vez más furioso—, pero nunca le puso una mano encima. Mi madre nunca tuvo que venir al pueblo con un chal y gafas de sol, diciendo que se había caído. Tu padre pegaba a su mujer y tú haces lo mismo con la tuya.

Joe dejó la botella en la barra de un golpe.

—Eso es mentira. Te voy a hacer tragártela.

—Inténtalo.

—Está borracho, Rafe —murmuró Jared.

—¿Y qué? —preguntó, mirando a su hermano con sus letales ojos verdes.

—Que no tiene mucho sentido que le partas la cara cuando está borracho. No vale la pena.

Pero Rafe no necesitaba sus discursos. Sólo necesitaba acción. Levantó su taco, lo miró detenidamente y lo dejó encima de la mesa de billar.

—No empecéis aquí —dijo Duff, aunque sabía que ya era demasiado tarde—. Como arméis bulla llamaré al sheriff, a ver si en la cárcel os tranquilizáis.

—Deja el teléfono en paz —le advirtió Rafe—. Vamos fuera.

—Tú y yo —dijo Joe, mirando a los MacKade con los puños cerrados—. No quiero que tus hermanos se abalancen sobre mí mientras te doy una paliza.

—No necesito ayuda contigo. Para demostrarlo, en cuanto salieron a la calle, Rafe se apartó, esquivando el primer golpe de Joe. A continuación, descargó el puño contra su rostro y sintió la sangre en la mano.

Ni siquiera sabía por qué estaba peleando. Joe no significaba absolutamente nada para él. Pero supuso que su mujer se alegraría de ver que ella no era siempre la víctima en lo relativo a su marido. En cuanto a Rafe, necesitaba desahogarse, y Joe le proporcionaba la excusa perfecta.

Devin hizo una mueca y se metió las manos en los bolsillos, con filosofía.

—Le doy cinco minutos.

—Tranquilo. Rafe acabará con él en tres —dijo Shane sonriendo, mientras los adversarios rodaban por el suelo.

—Diez dólares.

—Hecho. ¡Vamos, Rafe! —gritó Shane—. Date prisa.

En efecto, la pelea sólo duró tres minutos más. Cuando Joe parecía inconsciente, y Rafe seguía golpeándolo de forma metódica, Jared se adelantó para apartar a su hermano.

—Ya está. Ya está —repitió, sujetando a Rafe contra la pared—. Déjalo en paz.

Rafe volvió poco a poco a la realidad. La cólera fue desapareciendo de sus ojos, y abrió los puños.

—Vale, Jared, puedes soltarme. No voy a seguir pegándolo.

Rafe miró al lugar donde yacía Joe, gimiendo, semiinconsciente. Por encima de su cuerpo, Devin entregaba diez dólares a Shane.

—Debí tener en cuenta lo borracho que estaba —comentó Devin—. Si hubiera estado sobrio, Rafe habría tardado dos minutos más.

—Rafe nunca malgastaría cinco minutos en un trozo de basura como ése.

Jared sacudió la cabeza. Dejó de sujetar a Rafe y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—¿Quieres otra cerveza?

—No.

Miró hacia el escaparate del bar, donde se habían reunido casi todos los clientes para mirar. Se limpió la sangre del rostro con gesto ausente.

—Será mejor que alguien lo recoja y se lo lleve a casa —gritó—. Vámonos de aquí.

Cuando se metió en el coche, los golpes recibidos empezaban a hacerse notar. Escuchó sin mucho interés los co-

mentarios entusiastas de Shane y usó el pañuelo de Devin para limpiarse la sangre de la boca.

Pensó que no iba a ningún sitio. No hacía nada. La única diferencia entre Joe Dolin y él era que Joe estaba siempre borracho.

Odiaba la maldita granja, el maldito pueblo, la maldita trampa en que tenía la impresión de estar metiéndose más y más a cada día que pasaba.

Jared tenía sus libros y sus estudios; Devin tenía sus extraños e importantes pensamientos, y Shane parecía haber nacido para la granja.

Él no tenía nada.

Al final del pueblo, donde la tierra empezaba a hacerse escarpada y los árboles eran más frondosos, vio una casa. La antigua casa de los Barlow. Oscura, deshabitada y encantada, según las habladurías. Se erguía sola, sin nadie que se interesara por ella, con una reputación que hacía que la mayoría de los vecinos pasara por alto su existencia o la mirase con aprensión.

Exactamente lo mismo hacía Rafe MacKade.

—Párate.

—¿Qué te pasa, Rafe? ¿Te encuentras mal? —preguntó Shane, con más asco que preocupación.

—No. Para, Jared, por favor.

En cuanto el coche se detuvo, Rafe salió y empezó a subir la rocosa cuesta. Las zarzas y los arbustos se enganchaban en sus vaqueros.

No necesitaba volverse atrás para oír las maldiciones y los murmullos que indicaban que sus hermanos lo seguían.

Se quedó de pie, mirando los tres pisos de piedra. Suponía que la habían sacado de la cantera que se encontraba a unos pocos kilómetros de la localidad. Algunas de las ventanas estaban rotas y cubiertas con tablas, y los porches dobles estaban encorvados, como la espalda de un anciano. Lo que en otro tiempo había sido el césped era ahora un montón de matorrales, zarzas y espigas. Un olmo

muerto se alzaba entre las plantas, minado por los parásitos y desprovisto de hojas.

Pero a la luz de la luna, mientras se oía el ulular del viento entre los árboles y la hierba, aquel lugar tenía algo acogedor. La forma en que se mantenía en pie doscientos años después de que hubieran puesto sus cimientos. La forma en que se sobreponía al paso del tiempo, a las inclemencias y al abandono. Y, sobre todo, pensó Rafe, la forma en que pasaba por alto las desconfianzas y las habladurías del pueblo.

—¿Quieres buscar fantasmas, Rafe? —preguntó Shane al llegar a su altura.

—Tal vez.

—¿Recuerdas cuando pasamos una noche aquí? —comentó Devin, desmenuzando una hierba entre los dedos, con gesto ausente—. Debió ser hace diez años. Jared subió las escaleras y empezó a hacer chirriar las puertas, y Shane se mojó los pantalones.

—Eso es mentira.

—Es verdad. Me acuerdo perfectamente. Los otros dos hermanos no prestaron atención al previsible intercambio de insultos.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Jared en voz baja.

Lo sabía. Lo había intuido al ver cómo Rafe miraba la casa, como si pudiera ver su interior, como si pudiera ver a través suyo.

—Ésta noche. Tengo que largarme de aquí. Tengo que hacer algo lejos de aquí. Si no, acabaré como Dolin, o tal vez peor. Mamá ha muerto. Ya no me necesita. Aunque, en realidad, nunca necesitó a nadie.

—¿Tienes idea de a dónde quieres ir?

—No. Tal vez hacia el sur, de momento.

No podía apartar la vista de la casa. Podría haber jurado que lo observaba, formándose una opinión sobre él. Esperando.

—Enviaré dinero cuando pueda —añadió. Aunque se sentía como si lo estuvieran desollando vivo, Jared se limitó a asentir.

—Nos desenvolveremos bien.

—Tienes que terminar los estudios de derecho. Mamá quería que lo hicieras —miró hacia atrás, donde sus dos hermanos seguían discutiendo acaloradamente—. Y a ellos les irá bien cuando sepan qué es lo que quieren.

—Shane sabe lo que quiere. La granja.

—Sí —sacó un cigarrillo, con una débil sonrisa—. Vende parte de las tierras si es necesario, pero no permitas que se queden con todo. Tenemos que conservar lo que es nuestro. Antes de que todo se acabe, esta ciudad recordará que los MacKade eran muy especiales.

La sonrisa de Rafe se ensanchó. Por primera vez en varias semanas, cesaba el dolor interior que lo consumía. Sus hermanos estaban sentados en el suelo, cubiertos de tierra y arañados por los arbustos, riendo.

Se prometió que los recordaría así, tal y como estaban en aquel momento. Los MacKade se mantenían unidos sobre un terreno rocoso que nadie quería.

Uno

El chico malo había vuelto. La localidad de Antietam bullía con las habladurías relacionadas con él. Todo el mundo intercambiaba rumores, y las voces corrían como la pólvora.

Era una buena veta, tachonada de escándalos, sexo y secretos. Rafe MacKade había vuelto después de diez años.

Algunos decían que aquello acarrearía problemas. Estaba escrito. Los problemas anunciaban a Rafe MacKade, como el sonido del cencerro anunciaba a los bueyes. Rafe MacKade era el que había ridiculizado al director del instituto en una mañana de primavera, y había sido expulsado por ello. Rafe MacKade era el que había tenido un accidente con la vieja camioneta de su fallecido padre antes de tener la edad necesaria para conducir.

Y sobre todo, Rafe MacKade era el que, junto al loco de Manny Johnson, había atravesado con una mesa el escape de la taberna de Duff una noche de verano.

Ahora había vuelto con un coche deportivo, y lo había aparcado justo enfrente de la comisaría.

Claro que su hermano Devin era ahora el sheriff. Ocupaba el cargo desde cinco años atrás. Pero, en otra época, que la gente recordaba muy bien, Rafe MacKade había pasado más de una noche en las dos celdas que había en la parte trasera de la comisaría.

Desde luego, era tan apuesto como siempre, o, al menos, aquello era lo que decían las mujeres. Tenía el aspecto con el que habían sido bendecidos, o malditos, los MacKade. Cualquier mujer que tuviera sangre en las venas se volvería para mirarlo, para admirar su figura esbelta y su paso

desenfadado que parecía desafiar a cualquiera que se cruzara en su camino.

También estaba su denso pelo negro, y sus ojos, tan verdes y duros como los de la estatua china que adornaba el escaparate del anticuario Past Times. Sus ojos no hacían nada por suavizar su duro rostro, con aquella cicatriz que surcaba su mejilla izquierda. Todo el mundo se preguntaba cómo se la habría hecho.

Pero, cuando sonreía, cuando arqueaba su preciosa boca y aparecía el hoyuelo a un lado, los corazones de las mujeres se desataban. Aquello fue lo que ocurrió con Sharilyn Fenniman, que recibió su sonrisa y los veinte dólares por la gasolina en la estación de servicio Gas and Go, a las afueras del pueblo.

Antes de que Rafe hubiera vuelto a arrancar su vehículo, Sharilyn había corrido al teléfono, para anunciar el retorno a todo el mundo.

—Así que Sharilyn ha llamado a su madre, y la señora Metz ha cogido inmediatamente el teléfono para decir a la señora Hawbaker, en la tienda, que es posible que Rafe tenga intención de quedarse.

Mientras hablaba, Cassandra Dolin echó una cucharadita de azúcar al café de Regan. La nieve del cielo de enero caía de forma continua sobre las aceras y las calles, y el café de Ed estaba casi vacío. Lentamente, Cassie se enderezó e hizo una mueca de dolor cuando sintió el tirón en la cadera, en el lugar en que se había golpeado cuando Joe la tiró al suelo.

—¿Y por qué no iba a quedarse? —preguntó Regan Bishop—. A fin de cuentas, nació aquí, ¿no?

A pesar de que Regan llevaba tres años viviendo en Antietam y regentando un negocio allí, Regan seguía sin comprender la fascinación que ejercían en aquel lugar las idas y venidas. Le parecía algo divertido, pero no lo compartía.

—Sí, pero ha pasado mucho tiempo fuera. En diez años, sólo vino un par de veces a pasar uno o dos días.

Cassie miró por la ventana y se preguntó a dónde habría ido, qué habría visto, qué habría hecho. En realidad, se preguntaba qué habría fuera de allí.

—Pareces cansada —murmuró Regan.

—¿Sí? No, sólo estaba soñando despierta. Si esto sigue así, los niños saldrán del colegio antes de tiempo. Les he dicho que, en tal caso, vengan aquí directamente, pero...

—Entonces, eso es lo que harán. Son unos niños muy buenos.

—Es cierto.

Cuando sonrió, parte de la aprensión desapareció de sus ojos.

—¿Por qué no te tomas una taza de café conmigo? —preguntó Regan.

Miró a su alrededor y vio que en la parte trasera había un cliente que dormitaba sobre su café. En la barra, una pareja charlaba sobre la comida.

—No tienes tanto trabajo —insistió Regan—. Podrías hablarme sobre el carácter de ese tal Rafe.

—Bueno —Cassie dudó y se mordió el labio—. Voy a tomarme un descanso, Ed. ¿De acuerdo?

Una mujer muy delgada con el pelo rojo y muy rizado apareció en la puerta de la cocina.

—Por supuesto, no pasa nada.

Su voz grave se debía a los dos paquetes de cigarrillos diarios. Su rostro estaba cuidadosamente pintado, desde los labios hasta las cejas, y resplandecía a causa del calor de la cocina.

—Hola, Regan —saludó al verla—. ¿No deberías haber vuelto a la tienda?

—He cerrado a las doce —respondió, consciente de que su horario sorprendía a Edwina Crump—. La gente no se dedica a buscar antigüedades con este tiempo.

—Ha sido un invierno muy duro —Cassie llevó a la mesa otra taza de café—. Aún no ha terminado el mes de enero,

y los niños ya están hartos de montar en trineo y hacer muñecos de nieve —suspiró.

Tuvo cuidado para no hacer una mueca cuando le dolió la cadera al sentarse. Tenía veintisiete años, uno menos que Regan, pero se sentía muy vieja.

Después de tres años de amistad, Regan reconocía los síntomas.

—¿Te van mal las cosas, Cassie? —preguntó en voz baja, cogiéndola de la mano—. ¿Te ha vuelto a hacer daño?

—Estoy bien. No quiero hablar de Joe.

Cassie bajó la mirada y la clavó en la taza. Se sentía humillada y culpable por no ser capaz de rebelarse.

—¿Te has leído los folletos que te he dado sobre la comisión de apoyo a las mujeres maltratadas y el refugio de Hagerstown?

—Sí, los he mirado, pero tengo dos hijos. Antes que nada tengo que pensar en ellos.

—Pero...

—Por favor —Cassie alzó la vista—. No quiero hablar sobre ello.

—De acuerdo —respondió Regan, frustrada, apretando su mano—. Háblame sobre ese chico malo.

—Rafe —el rostro de Cassie se suavizó—. Siempre me gustó. Me gustaban los cuatro. No hay una sola chica por aquí que no pasara varias noches en vela por culpa de los hermanos MacKade.

—A mí me cae muy bien Devin —comentó Regan, bebiendo un trago de su café—. Parece sólido, un poco misterioso en ocasiones, pero fiable.

—Siempre se puede contar con Devin —convino Cassie—. Nadie pensaba que ninguno de los cuatro fuera a salir adelante, pero Devin es un buen sheriff. Es muy justo. Jared tiene un bufete de lujo en la ciudad. Y Shane es un poco duro, pero se empeña a fondo en la granja. Cuando eran más jóvenes y venían al pueblo, las madres encerra-

ban a sus hijas en casa, y los hombres procuraban pasar inadvertidos.

—Vaya. Veo que eran unos ciudadanos ejemplares.

—Eran jóvenes, y siempre parecían estar enfadados por algo. Sobre todo Rafe. El mismo día que se fue de la ciudad se peleó con Joe, no sé por qué. Le rompió la nariz y le sacó un par de dientes.

—¿De verdad?

Regan decidió que el tal Rafe empezaba a caerle bien.

—Siempre estaban buscando pelea. Su padre murió cuando eran unos niños. Yo debía tener diez años. Después, murió su madre, poco antes de que Rafe se marchara. Había pasado casi un año enferma. Por eso, empezaron a empeorar las cosas en la granja. Casi todo el mundo pensaba que tendrían que venderla, pero consiguieron sacarla adelante.

—Bueno, tres de ellos.

Cassie saboreó el café. Pocas veces tenía un momento para sentarse tranquilamente.

—Apenas eran unos niños. Jared tenía unos veintitrés años, y Rafe era sólo diez meses menor que él. Devin tiene unos cuatro años más que yo, y Shane tiene un año menos que él.

—Parece que los MacKade se dieron mucha prisa en tener hijos.

—Su madre era una mujer maravillosa. Muy fuerte. Siempre conseguía sobreponerse a las adversidades. Siempre la admiré.

—Podrías intentar seguir su ejemplo.

Regan se reprendió inmediatamente por haber dicho aquello. Se había prometido que no intentaría presionar a su amiga.

—¿Por qué crees que habrá vuelto? —se apresuró a añadir para cambiar de tema.

—No lo sé. Dicen que ahora es rico. Por lo visto, hizo una fortuna especulando. Se dedica a comprar casas rurales